

Ortega y la tradición responsable

Por Mariano Yela (1)

¿Tradición?, ¿Ortega defensor de la tradición? Yo diría que sí. ¿Tradicionalismo?, ¿Ortega tradicionalista? No hace falta que yo lo diga: rotundamente, no.

Tradición, sí; porque es un hecho. La tradición es el proceso por el que el pasado se hace presente y el futuro posible. Sin tradición cada presente sería siempre el primero: no habría ni vida humana ni Historia. De nuestros padres heredamos los genes; sin ellos no podríamos vivir biológicamente: negarlos es estupidez o farsa. De la Historia heredamos el pasado; sin él no podríamos vivir biográficamente: negarlo es engaño o necesidad. Reconocer la tradición es, según expresiones de Ortega, vivir inteligentemente, atenerse a la realidad, poseer una conciencia histórica, estar a la altura de los tiempos, heredar el pasado y reconquistarlo, crítica e innovadoramente, para inventar el futuro con responsabilidad.

El tradicionalismo hace justamente lo contrario: se vuelve al pasado para conservarlo, lo confunde con el presente, es decir, lo falsea. "No se crea -escribió Ortega- que soy de temperamento conservador y tradicionalista. Soy un hombre que ama verdaderamente el pasado. Los tradicionalistas, en cambio, no lo aman: quieren que no sea pasado, sino presente. Amar el pasado es congratularse de que efectivamente haya pasado".

(1) Catedrático de la Universidad Complutense de Madrid, miembro de la Comisión Nacional Española de Cooperación con la UNESCO.

Bien; tradicionalismo, no. Entonces, ¿qué? ¿Antitradicionalismo?, ¿revolución? Según Ortega, tampoco. Las dos actitudes, antagónicas en la forma, coinciden en el fondo. Ambas son utopías "condenadas inexorablemente al fracaso". Porque ambas se nutren de abstracciones exacerbadas y desoyen la voz de la realidad viva. La revolución pretende, en efecto, "transformar de un solo golpe todo y en todos los géneros", "recommencer l'histoire". Ello no es posible: "romper la continuidad con el pasado, querer empezar de nuevo, es aspirar a descender y plagiar al orangután". La revolución no cumple sus pretensiones. Provoca una reacción. La reacción suscita una nueva revolución. Y vuelta a empezar, de utopía imposible en utopía estéril, mientras el hombre pena y fracasa.

Para Ortega no hay duda: ni el método tradicionalista ni el método revolucionario. Frente a ellos, el método de la continuidad, "el único que puede evitar, en la marcha de las cosas humanas, ese aspecto patológico que hace de la Historia una lucha ilustre y perenne entre los paralíticos y los epilépticos".

El método de la continuidad es el método de la tradición responsable: recoger, proseguir, innovar. No se trata de someterse al pasado. Se trata de conocerlo, de conocer sobre todo sus errores para no repetirlos. La obra de Ortega está colmada de exámenes de la Historia, de críticas del pasado y de incitaciones a la invención innovadora.

Si se opone a la revolución, la estima, sin embargo, "más sugestiva, generosa e inteligente" que la reacción. Si defiende la continuidad, rechaza la continuación acrítica: "¡La tradición! La realidad tradicional de España ha consistido precisamente en el aniquilamiento progresivo de la posibilidad de España. No, no podemos seguir la tradición... tenemos que ir contra la tradición, más allá de la tradición". Entiéndase: más allá, no más acá o sin tenerla en cuenta. A lo que aspira Ortega es a un futuro que, sin ignorar ni someterse al pasado, recupere las "experiencias esenciales de España".

Lo decisivo es proseguir, no destruir ni pararse. La vida consiste siempre en elección. Es fundamentalmente ética. Obliga a una elección responsable. Hoy "hay que superar el liberalismo", pero no "antiliberalmente". Hoy hay que reconocer que "las constituciones oriundas de la Revolución francesa, que estatuyen la igualdad de los derechos políticos, son mejores, moralmente hablando, que las que sustentaban los derechos nativos y el despotismo por la gracia de Dios; y, sin embargo, hoy son moralmente malas y ya nuestros corazones se mueven melancólicos e inquietos porque anhelan otras constituciones más justas en que se realicen ciertas severas igualdades económicas". Hoy, en fin, el imperativo ético exige hacer, más allá del condotiero prepotente y del hombre masa, una democracia planetaria que no sea ni pusilánime ni morbosa. Todos iguales como personas. Cada uno, según su personalidad y su esfuerzo, distinto e incanjeable.

Ese es el tema de nuestro tiempo. Lograr que todos los hombres puedan dar razón de su vida y participar, en solidaridad y jerarquía, de la responsabilidad de la Historia. Ortega lo subrayó con palabras de Goethe: **Sólo todos los hombres viven lo humano.**

(Del diario ABC)